

## **La anatomía del alma**

Sofía era realmente excelente en su trabajo. Siempre supo que estaba destinada a cosas grandes, y qué más grande y satisfactorio que salvar vidas. Su técnica era sencillamente perfecta, y su calma cuando la vida del paciente parecía perecer era imperturbable. El quirófano era invadido por un silencio sepulcral pero hermoso cuando hacía su trabajo.

Ser cirujano era una tarea difícil y ambiciosa. No solamente era necesario contar con inteligencia y habilidad, sino también con fortaleza interior, y mucha empatía. Comunicar noticias tristes era la parte más odiada del trabajo.

Otro aspecto adverso de esta labor era el tiempo. A veces parecía una elección entre su propia vida y la del paciente. No pasaba mucho tiempo con su familia, y era cierto que no tenía compañeros de trabajo que trascendieran a una relación de amistad. Pero tenía la pasión que sentía por la medicina, y por ende por la vida. Eso le daba aún más significado al juramento que realizó; primer paso del compromiso y responsabilidad que asumió ante su profesión.

Eran las 2am. Sofía se paró ante el cuerpo dormido de un hombre que esperaba ser curado en la camilla del quirófano. Cerró los ojos. Imaginó su anatomía sana, luego la imaginó enferma, y realizó el corte adecuado, meticuloso, simplemente perfecto. La sangre de aquel hombre corría por su abdomen, tranquila porque sabía que estaba en buenas manos.

La vida de Sofía transcurría de esa forma todos los días, pero no había nada en absoluto que le produjera más pasión, que hiciera que la adrenalina corriera por sus venas con tanta velocidad. Era su esencia.

Lamentablemente, su magnífica burbuja de éxito explotó sin previo aviso.

Fue hace un mes que Sofía empezó a sentir síntomas. Visitó cada libro, cada artículo médico y cada rincón de su mente en busca de respuestas, pero por desgracias, estas no salieron a la luz. Realizó en su organismo todos los exámenes posibles, y cabizbaja, buscó la opinión de colegas de todas las especialidades, sin faltar ninguna. Sin embargo, su organismo no mostraba más rasgos de enfermedad que su cansancio y debilidad. Su cabello no dejaba de caer, sus uñas y sus dientes, amarillentos y avejentados, también amenazaban con mudarse.

No era un tumor, no era cáncer. Estas hipótesis las descartó luego de realizarse un sinnúmero de estudios, agresivos y no invasivos. La única respuesta que conseguía de todas

las fuentes consultadas terminaba siendo la misma: un misterio médico. El cuerpo afligido de Sofía recibía esas palabras como un golpe más, pero el más fuerte sin dudas. No lograba comprender cómo no podía resolver este acertijo que presentaba su anatomía. La desafiaba, pero no podía permitirle ganar.

La peor noticia que pudo haber recibido en ese entonces no fue la novedad de su padecimiento, sino que en vista de este, no tenía permitido operar. La excusa era, claro está “la seguridad del paciente”, dado el desconocimiento sobre la dolencia de Sofía, pero con certeza, eso le producía el mayor de los dolores. No solo le arrebataban su pasión, sino también el esfuerzo encarnizado y sacrificado que le costó su logro. Solo podía pensar “los pacientes no podrían estar más seguros bajo mi cuidado atento y riguroso”. Mas este argumento no bastó.

Ese día durmió como hacía años que no dormía. Las incontables horas de guardia no le permitían tener un sueño continuo. Solo podía llorar y dormir. Sofía jamás mostraba signos de debilidad, pues su coraza era impenetrable, pero esto la superaba. ¿Qué era lo que le sucedía? ¿Qué estaba mal con su cuerpo mudo?

Se incorporó y dejó la cama, compungida. Comenzó a quitarse las prendas que cubrían su cuerpo, quedando desnuda frente al espejo, cara a cara con su enfermedad. Observó cada detalle de su figura. Cerró sus ojos. Imaginó su anatomía sana, luego trató de imaginarla enferma, pero no lo consiguió, no tenía un diagnóstico sólido ni información suficiente para hacerlo.

Entonces abrió los ojos. La conmoción se adueñó de su ser. No dejaba de dar vueltas y contemplar su alrededor. Miró sus pies. Estos aterrizaron justo en su corazón, junto a la aorta. Desde allí observaba todo su organismo.

El color de la sangre que predominaba el espacio la deslumbraba. Todavía no terminaba de entender: allí estaba, desnuda, dentro de su cuerpo desnudo. “Estoy enloqueciendo, la alucinación debe ser un síntoma de mi enfermedad”. No obstante, conforme iba avanzando por sus órganos y tejidos, los palpaba, los olía, los sentía en su interior, concluyó que no era un sueño ni una alucinación producto del mal que la atormentaba.

Quería recorrerlo todo. “¿Será que me voy a morir?” En ese caso, ¡qué oportunidad tan atípica le presentaba la muerte! Los doctores tocan el interior del cuerpo de sus pacientes. Sostienen corazones en sus manos, resucitan vidas que parecían perdidas. Pero nunca son capaces de explorar su propia anatomía, desde el interior más profundo.

La aventura que se propuso Sofía era, frente a la casualidad que le trajo el destino, buscar la causa de su enfermedad. Le llevaría tal vez años recorrer la totalidad de su templo, no tenía papel donde escribir ni hacer cálculos. Solo contaba con sus hábiles manos y sus ojos certeros.

Su tamaño era comparable al de un glóbulo rojo, por lo que su estudio sería arduo, mas le sería posible analizar cada molécula de su ser. Desde que comenzó fue imparable.

Mientras tanto, el yo exterior de Sofía yacía impávido en el suelo de su habitación. Pasaron semanas. Tras no recibir los pagos de las cuentas, entraron en su casa. No encontraron más que el cuerpo desnudo de una mujer antes admirada por sus increíbles técnicas y descubrimientos. Ahora parecía pequeña, casi como su yo interior. Sofía no respondía, parecía casi senil a pesar de su corta edad. Como consecuencia, fue enviada a un hogar para enfermos, entendiéndose este como el síntoma terminal que acabaría con la vida de quien habría sido una excelente cirujana. Nadie se hizo cargo de ella, en el pasado no tuvo tiempo para formar amistades, ni establecer vínculos familiares que merecieran importancia mantener.

La otra Sofía estaba sentada en su hipófisis, enterada de lo sucedido. Lo veía todo a través de las imágenes que le proporcionaba su cerebro. Esto no la desmotivó, al contrario, fue el mayor estímulo para encontrar respuesta a su incertidumbre.

Como lo predijo, le llevó diez años recorrer la inmensidad de su cuerpo. “Somos infinitos” –solía pensar. A esa altura, recobrase o no el sentido de su vida y hallara la cura a su padecimiento, no sabría si volvería a ser la misma de antes. Había perdido tanta práctica en estos años, que tal vez no pudiese volver a operar. De todos modos, la alentaba la idea de saber que estuvo diez años dentro de un organismo humano, su propio organismo. Había estudiado con detenimiento el funcionamiento de cada órgano, glándula y estructura. Es posible que no encontrara la cura a su enfermedad, pero ahora tenía almacenado en su cabeza la cura para tantas otras enfermedades.

Ahora se encontraba parada en su corazón, junto a la aorta, como el primer día. Desde allí lo veía todo. Y finalmente lo vio. Entre los pliegues del intestino yacía su alma. Esta tenía el aspecto de un feto, encorvado, empequeñecido e indefenso ante lo exorbitante de sus proximidades.

Sofía no supo hacer otra cosa que correr hacía ella y observarla. Se paró en los pliegues que la ahogaban y la tomó en brazos, casi como si no fuese su espíritu lo que cargaba. Parecía un feto sano, tal vez de unos siete meses de desarrollo. El único defecto

era su rostro, que transmitía tristeza. Sofía no lo captaba: era una mujer exitosa y amaba su trabajo más que a nada en este mundo. Poseía todo lo que creía necesitar.

Fue en ese instante cuando su alma habló:

- Sofía, veo que aún no lo comprendes.
- La verdad es que no.
- Sientes pasión por lo que haces, eso es una dicha que muy pocos pueden presumir. Sin embargo, estás sola.

Un repentino impulso hizo que Sofía tomara su alma con más fuerza y la pegara a su pecho. Comenzó a correr como nunca antes lo había hecho. Se deslizaba por los tejidos suaves y trepaba las vellosidades. Cuando finalmente alcanzó su garganta pegó un alarido, más potente que las voces de mil hombres.

Sofía abrió los ojos, gritando.